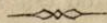


la bondad, toda la indulgencia de su carácter, para poder proporcionar un poco de flores y de calma á la vida de aquel desgraciado; inclinar hácia él su frente llena de apacibilidad y serena como una alborada: sonreírle con una castidad é inocencia como una hermana que sonrío á su hermano, ó una madre á su hijo. Por último, si era preciso, se resolvería á decir á aquel *pobre señor*, de un modo mas ó menos indirecto, que esperara, que esperara *un poquito*.

Antonio, en los momentos en que la jóven se formaba tales resoluciones, no pensaba ni remotamente en la felicidad que su destino le preparaba, pues en tales momentos su buen destino abría para él todas las flores del cariño, todos los pálidos, fragantes y castos lirios de la ternura, guardados en el seno de aquella muchacha. Él la amaba. Ella le quería compadeciéndole. En él habia el indómito fuego de una pasión juvenil; en ella la casta afección de una hermana, un cariño apacible y lleno de abnegación y desinterés.....



CAPÍTULO IX.

¡ADELANTE!

XLIV.

Así pues, Antonio amaba con todas sus fuerzas.
Piedad compadecía con todo su corazón.

Bajo tal concepto, ambos hubieran podido llegar fácilmente hasta el cumplimiento de la misión sagrada.

Pero él era una planta exótica en el mundo, un arbusto que no daba sombra, un rosal seco y estéril.

Ella, flor pudorosa, solo hubiera podido desplegar todas sus gracias, desatar todos sus capullos y derramar todos sus aromas, bajo la sombra de árbol mas frondoso.

Tanta abnegación habia en la jóven, tanta bondad y tan resuelta predisposición hácia el amor, que con gusto hubiera sido menos rosa, con tal de que él hubiese sido mas árbol.

Porque estas rosas que se llaman mujeres, y estos arbustos que se llaman hombres, fácilmente llegan á comprenderse, á

unirse, á formar el sublime enlace de la naturaleza, cuando no se coloca en medio la sociedad.

Cuando la sociedad decreta un «no ha lugar» á las mas nobles y tiernas aspiraciones de dos amantes, viene abajo, se desploma en ruinas todo el edificio de las ilusiones, de las esperanzas, del porvenir en fin.

Aquel episodio sublime de la creacion queda en escombros: «no ha lugar á la felicidad, porque no estamos ya en el Paraíso.»

La hoja de higuera es hoy un bellissimo recuerdo, y se acabó. Antonio, rico, lo hubiera adquirido todo: Antonio capaz de cubrir el presupuesto de la felicidad, hubiera llegado á alcanzar sin el menor inconveniente «todas las felicidades» que este pobre mundo puede darnos.

Antonio virtuoso, noble, ardiente y leal, pero sin dinero, no tenia su reino en este mundo: en esta segunda condicion, cualquiera exigencia de Antonio para con la sociedad hubiera tenido de toda ella esta resolucion:

Pase á la Divina Providencia para sus efectos y por ser de su resorte.

El mismo Cristo, si hoy se presentara á predicar en el mundo una ley nueva, ¡cuántas condiciones tendria que cumplir para dar todo su atractivo entre los hombres á su «programa» y poder formar el verdadero espíritu de proselitismo!.....

Porque es un hecho.

Hoy se puede hablar de libertad, sentado en una silla de oro.

De igualdad, viendo al mundo desde una grande altura.

De fraternidad, cuando se ha adquirido todo el oro posible y se ha puesto al abrigo del *hermano* que no tiene oro.

Y así pues, lo que importa es profesar las ideas de libertad, igualdad, fraternidad, despues de haber conquistado las ventajas de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad.

Pensar de otra manera es ocuparse de absurdos, es acariar quimeras, es vivir tutelado y bajo la proteccion de las sombras y de las nubes.

—El Sr. D. N. es la persona mas recomendable que se conoce—suele decirse de alguno.

—*Teoría!*—responde en coro el mundo entero.—¿Qué puesto ocupa? ¿cuánto tiene? ¿cuántos tesoros desamortizó en virtud de la ley de 25 de Julio?.....

—El Sr. D. N. es pobre—murmura apenas «el buen sentido,» confuso, temblando y cubierto de vergüenza.

—Pues el Sr. D. N. *no vale nada.*

Y sin embargo, la juventud, con la fuerza poderosa de su savia, con el fuego incandescente de su idea, con sus nobles y enérgicas aspiraciones, se abre paso por en medio de todo y todo lo domina.

Escala los *lugares altos* ocupados por los dioses de Baal.

Derrumba las usurpadas aras de los grandes ladrones, de las grandes situaciones, arranca la careta del hipócrita y penetra por todas partes y al través de todos muros sociales, iluminándolo todo con el fuego de la idea, destruyendo lo *imposible* bajo su noble, indómito y generoso impulso.

La juventud es la sociedad, la juventud es el mundo; es el vigor, la energía, la grandeza.

Bajo la mirada penetrante y el arranque de la juventud inteligente y resuelta, el mundo se estremece, porque el mundo es un viejo.

¡Dad paso al jóven que va á cumplir sus altas misiones de sociedad y de vida!

Monumentos del pasado, anacronismos vivientes que sofocais en la garganta el grito del entusiasmo y la explosion vertiginosa del santo placer del progresista;

¡Atrás!.....

¡Plaza á la frente encendida por el fuego del talento y de la inspiracion! ¡Campo á los corazones nobles que palpitan de amor y que saben inmolarsé en las aras de todos los amores!

¡Mórnias engendradas entre la noche y el olvido, raquínicos fetos de las sombras, verdugos de la idea, hijos del proyecto, cazadores «en vedado» de inteligencias!

¡Haceos á un lado!

¡Escombrad el camino por donde tienen que pasar esas frentes pensadoras de veinte años!

¡Tapizad con rosas la vida, que va á pasar la juventud, y con ella la audacia y el talento, el progreso y la reforma!

¡Romped coronas, y cubrid con los diamantes y fragmentos de oro la senda de la nueva generacion!

Hijos del pasado, ¡volved á él!

Falanjes del retroceso, ¡lejos de la civilizacion!

En vano es embestir al héroe jóven con las impotentes astas de vuestra sordidez brutal!

¡Oh! no nos hableis de vuestras leyes de reforma!

Empezad al menos la reforma de nuestras leyes!

Y aun existen fabricantes de caos en medio del siglo de la luz.....

Y aun viven reptiles que amenazan tejer al mundo la noche en la mitad del dia.....

Pero tambien hay juventud y entusiasmo, y con el entusiasmo y la juventud, fuerza, valor, generosidad.

El fanatismo religioso, este señor feudal del pensamiento, este *divus imperator* del sentido íntimo;

El hijo de los Czares, ese harapo de púrpura, baldon viiente en pleno siglo XIX, recuerdo vergonzoso de la pasada abyeccion del mundo;

¡Ambos se desvian para «hacer lugar» al niño que nace!....

¡Oh! el pasado se despide luchando. *Se bate* «en retirada.....»

El pasado quiere ser el presente.....

El absurdo se va sacudiendo su manto desgarrado y llenándonos de polvo.....

Dirijámos sobre esa mórnica que se ausenta la última descarga de ideas.....

Dentro de pronto acaso, el pueblo, ese cuerpo de miles de almas, ó esa alma efundida entre mil cuerpos, sabrá pensar.... ó lo que es mejor, sabrá sentir.

Muy pronto tal vez, el entusiasta grito del pueblo será el concepto mas felizmente expresado: el poema en dos palabras, la sublime reasuncion de toda virtud, expresada así:

¡Viva hoy!.....

Discutid, pero andando.

El Norte inauguró la edad média.

El bárbaro, al disparar su formidable dardo, hacia saltar en mil chispas de oro el trono de los reyes.

Disparemos ideas contra el solio insultante del pasado.

¿Teocracia ó anarquía?

República.

¿Es un sueño? Pues dadnos la anarquía.

Pero adelante.

Derramad el sol entre todos, ú os llamaremos czares republicanos.

Fusilad al pasado: muy bien; pero sustituidlo con el presente y con el porvenir, ó no habreis hecho mas que una criminal sustitucion.

Ya no existe la *aseidad* bíblica en el que manda: seria un crimen: seria un ultraje al pueblo: seria la usurpacion de sus mas sagrados derechos.

La sangre de tantos siglos guillotizados ó fusilados por el Progreso, clamaria al cielo por tal atentado.

En la marcha general de las cosas, titubear es caer.

No parece sino que en los grandes pasos sociales, la humanidad entera se muestra tímida.

¡Cuántos detractores contemporáneos tuvo Voltaire!

Los grandes *pasos* sociales quedan restringidos al través del tiempo y del carácter de los hombres.

La verdad es que las sociedades tienen conatos de andar como gigantes.

Pasa un puñado de días, y se las ve andar como pigmeos.

Y los gobiernos se rehusan imprimir á la *cosa pública* las proporciones necesarias para hacer efectiva la verdadera marcha del progreso.

¡Progresar! ¿Quién define hoy sin ruborizarse esta palabra?

Unos tendrán que reprocharse mucho al dirigir la vista hácia el espectáculo de su progreso personal.

Otros tendrían que confesar que aun no han puesto los pies en la senda del progreso, y que acaso no lo han comprendido.

El hombre público que envuelve en tinieblas sus actos públicos, no puede menos de considerarse como un hombre privado.

Pensar y obrar *á solas*, aun cuando se obre y se piense en nombre del pueblo, es observar una conducta enteramente susceptible de ser juzgada como discrecional.....

XLV.

Antonio había escrito como hubiera gritado.

Sin emplear en su carta mas literatura, mas retórica ni mas *tropos* que los de su corazón.

Aquella carta pudo haber sido escrita «á gritos» por un salvaje.

Aquel salvaje sentimiento había tenido que expresarse por medio de una carta.

Intervino el corazón: intervino la mano.....

La *cabeza* había quedado para lo último.

Lo último era la reflexión.

—¡Qué he hecho!—exclamó Antonio, cuando hacia un cuarto de hora por lo menos que había entregado la carta y *las señas* al muchachillo harapiento.

—Ya no hay remedio—murmuró despues:—*¡adelante!*

Y la palabra *¡adelante!* proferida con toda convicción y aperebiéndose de su verdadero y riguroso significado, había venido á dictar lo que *pensó* Antonio y que nosotros hemos antes consignado.

Y pensó mucho mas que nosotros no escribimos.

Sujeto á *pensar*, pensó de un modo inflexible, recto y tenaz como el índice de acero de una brújula.

Estaba en aquellos momentos de sus lucubraciones sociales, convertido en el exacto aparato científico y obediente á una ley natural.

Se vió en su situación: comprendió que su situación casi se derivaba de la pública, y como una brújula exacta, apuntó al Norte, al través de la pública situación y de la propia.

Ya hemos antes indicado que el Norte es la inauguración de la edad média.

El Oriente produjo al Cristo, sublime, divino autor de la idea republicana.

La patria de Washington se encargó de la práctica.

Wath y Fulton aplicaron el vapor á las sublimes máximas compiladas por Ripalda.

Moisés y Franklin han buscado la augusta faz de la Divinidad.

El primero, al través del incendio del Sinaí.

El segundo, haciendo volar su pensamiento á lo largo del hilo metálico de su cometa.

«Pensar trabajando y trabajar pensando,» sería el gran descubrimiento que debiera la humanidad al buen siglo XIX.

En esas palabras, como en un aforismo, se resume tal vez el *eureka* de la civilización, el «*ultima ratio regum*» de la soberanía del genio, el «hasta aquí» que formara los ámbitos en donde el talento desplegara sus alas.

El pensamiento, interpelado hasta sus últimas y augustas mansiones, para venirlo á unir á la materia en un abrazo épico y sublime, formaría el poema de los siglos, la nueva creación, el «imagen y semejanza» del Génesis, la grande alma cerniéndose augusta dentro del gran cuerpo, el hombre, en fin, de la creación, el ensueño acariciado por Jehovah, el cielo en el mundo... del todo moral en toda su perfección!

XLVI.

Nuestro joven había interpelado á su propia alma, y después á la sociedad, tal como está constituida.

Se declaró incompatible con todo, y á todo consigo mismo.

Pero en tal posición, no hallaba el medio.

Se trataba también de alcanzarlo todo con Piedad, ó perderlo todo perdiéndola.

Y ya hemos dicho que no se resolvía á perderla en ningún sentido.

Se trataba, pues, de *compatibilizarse* con el mundo y con Piedad, é inductivamente llegar hasta la felicidad.

La felicidad de Antonio era la posesión de la joven.

Una posesión amplia, absoluta y tranquila.

Era, pues, necesario empezar por *metalizarse* un poco.

Vestir de oro algunas de sus ideas y ponerlas en el bolsillo de su chaleco nuevo.

Tomar el hombre útil y abdicar del harapo.

Presentarse, en fin, y tomar el grande hito sinq. obot. Su alma quedaria reservada, como una linda estatua de Pradier, una de esas pequeñas Vénus del Benvenuto frances, á las cuales instintivamente se las toma, se las envuelve en un pedazo de crespon color de rosa y se las guarda con cuidado para cuando llegue el momento oportuno de mostrarlas.

Pensaba Antonio que llegaria el momento en que le fuera necesario desvelar su *bella estatua*, dejándola ver de Piedad, desnuda y desmayada, como la Psiquis lánguida de Tennerani.

Una alma así, una resolución de casarse lo mas pronto posible, el deseo vehemente y eficaz de disolver el blanco nublado de la idealidad y espantar el grupo de sus ideas, puramente ideas, como quien ahuyenta una parvada de palomas; un traje además siempre conveniente; reloj, joyas, algunas piezas de oro, &c.; todo esto era un principio, una posibilidad, la fachada, como quien dice, accesible de una probabilidad.

Podia, bajo tales conceptos, autorizarse un poco de fe, algo mas de esperanza y todo su amor.

Ya entonces seria alma y cuerpo:

Idealidad y materia:

Cielo y mundo:

Amor y negocio.

Ya entonces tendria la facultad de romper una nube bañada de sol, «una nube de oro,» hacerla pedazos, *acuñarlos*...

comprar el mundo con el cielo!

Resolveria en verdad el absurdo de mandarse servir la mesa en el Olimpo...

De chocar su copa con la de Júpiter, y apurar con los dioses algunos litros de «borgoña» de á cinco pesos la botella.

Salvo algunos inconvenientes del momento, inevitables en quien tiene que operar sobre su propia persona la instantánea transición de *bohemio* en «muchacho decente,» todo se haría, todo, pues ahí estaba el grande amor y la firme voluntad para hacerlo.

Pondría, pues, su corazón «á diez y nueve atmósferas,» regularía su amor con un manómetro, haría de Piedad un ángel conductor de tan singular locomotora.

Sería trabajador, *hombre de negocios*, entidad en prosa; aprendería el *modus vivendi*.

Se convertiría en adjudicatario ó denunciante, en artesano ó en conspirador; se improvisaría comandante de batallón ó jefe de oficina.

Cualquiera cosa, en fin, especuladora, progresista, fría, pero que lo condujera hasta el dinero, y del dinero á Piedad!

Provisto de tales resoluciones, resuelto á caminar en cuestiones de *decoro* hasta el *frac* y la corbata blanca, y en materia de audacia hasta el matrimonio, Antonio no quiso esperar mas tiempo.

Se vió á sí mismo, «y vió que era bueno.»

Pasada la última revista *de su cuerpo*, se hizo presentar en la casa de la mujer que amaba, y fué en ella recibido como un señor que iba á frecuentar *su casa*.

La jóven le recibió con amabilidad, reserva y timidez.

La *mamita* con indiferencia, y todos le hicieron justicia, sin que se atreviera nadie á dudar que Antonio era un *muchacho decente*;

Sino que parecia un tanto caprichoso y extravagante, un «buen chico» lleno de ideas y *sin mundo* absolutamente.

Antonio entró de lleno en ese período de ansiedad, en el cual todo tiene que salvarse, ó que hay que perderlo todo.

Anhelaba ocultar su verdadera condicion, parodiar al hom-

bre, ó ya constituido, ó que no tiene que ocuparse gran cosa de su establecimiento.

Su locucion era flexible; afectaba cierta facilidad para vivir, para pensar y para obrar; quiso aparentar que seguía la vida sin penas y sin placeres, libre de las peripecias del destino, y ajeno á una felicidad que soñaba hacia mucho tiempo sin poder realizarla.

Atribuía su aislamiento á todo, menos á sus verdaderas causas.

Habia sido—decía—retraído y excéntrico por carácter.

Habia llegado, en algunas épocas, á sentirse seriamente atacado de verdaderos y alarmantes accesos de misantropía.

Pero jamás habia conocido ninguna de esas sinuosidades del mundo moral, que tiene que andar mas ó menos el hombre que está en la sociedad sin estar en la fortuna.

Se quejaba de *haberle tocado* un carácter reservado y un temperamento frío, sin haber podido sentir la primera ilusion sino muy tarde.

No por esto le habian faltado aventuras de cierto género, que habia aceptado y seguido por imitacion mas que por carácter.

Pero creía llegado el momento de entregar para siempre su corazón á un objeto que pudiese merecerlo.

Incurrió por fin en mil *banalidades* é hizo mil locuras, cuyo verdadero origen fué, gracias á su buena estrella, perfectamente comprendido por la jóven.

La verdad es que Antonio estaba tiernamente enamorado de Piedad, y tendia constantemente á manifestarse como todo el mundo en su caso, juzgando así ganar terreno en el corazón de la muchacha, cuyos verdaderos sentimientos no comprendía.

Pretendió interesarla en su favor jugando para ello medios vulgares y empleando una loca trivialidad que él mismo despreciaba.